

EL MITO DE LAZARO

Yohanna Martínez Roa

2006

“El mundo es una mancha sobre el mar del espejo, una espiga del cristal arrugado y silencioso, una aguja basáltica clavándose atorada en los ojos de una niña.”

*David Huerta
El Incurable*

Lázaro podía ver, a través de las espigas arrugadas de aquel cristal que aberraba el rostro de angélica, cada vez que se acercaba para desilusionarse ante su rostro que creía deforme, sensación que la hacía caminar con el mentón sumido al pecho y la espalda completamente encorvada; solo un haz de luz entraba por el pequeño espacio que dejaba el cabello sobre su rostro y le permitía brillar a una de sus pupilas.

El sabía de antemano que era posible romper el estado enigmático que lo había llevado a vivir en el mundo de aquella mancha sobre el mar del espejo. Angélica no sabía nunca absolutamente nada, vivía en un tiempo sin espesor, niña por siempre, enclaustrada en el horror de su rostro, sin saber que repetía cada día.

Las concavidades de las espigas que arrugaban el cristal, daban por el punto más angosto al rostro de la niña, y la amplia apertura de las puntas cóncavas multiplicaban y espesaban el tiempo de aquel hombre que enterrado en una tumba divina vivía cada día como mil años y mil años como un día.

1

La única posibilidad era clavar una aguja en los ojos de Angélica desnuda; Con la perseverancia y la madurez que casi tres siglos le otorgaban, Lázaro construyó una pequeña aguja con saliva y arena de su propia tumba; de la misma arena que había sido utilizada para fabricar el espejo.

El problema era que no atinaba, Angélica rehuía la mirada a su propia imagen o se acercaba al espejo después de haberse vestido y atado sus sandalias. Uno tras otro, durante 364.000 días había tratado de irrumpir sin lograrlo, en ese otro mundo, el de los muertos.

Ese día ella estaba particularmente reticente, pero el convexo de su pupila reflejaba mejor que nunca la imagen de Lázaro. El la seguía atentamente con la aguja apretada en la mano derecha dispuesta a dispararse. Sabía que no podía pensar la decisión, ya en dos ocasiones por hacerlo, había roto dos agujas una en la frente y otra en la nariz de ella. Lo que le daba poco tiempo, pues la niña estaba terminando de peinarse.

En el segundo último, levanto la mirada para comprobar que estaba desenredada y lista... la aguja se hundió siguiendo el haz de luz que entraba por el pequeño espacio que dejaba el cabello sobre su rostro y le permitió clavarse en una de sus pupilas. Como si el prisma del ojo se invirtiera, la luz corrió desde la punta de la aguja hasta la mano, el cuerpo se cubrió de colores y los pequeños cristales de la arena de la tumba brillaron creando millones de texturas que flotaban en el aire. Lázaro escuchó en su interior una voz que le decía: levántate y anda.

?

Fueron tres los siglos que pasó con sus días y sus noches mirando a través del espejo; pensaba en ello mientras caminaba de regreso y vivo a casa, dispuesto a buscar a su hija Angélica para retirar el cabello de su rostro, abrazarla y comprobar si se había roto el enigmático influjo que la muerte había tendido sobre los dos.